do volvió á recorrer, para pedir á sus recuerdos la fé que empezaba á faltarle, el jugo del alma que empezaba á secarse, puesto que no llegaba ya sin esfuerzo hasta sus ojos, aquellas cartas, capaces de reanimar los alientos de un moribundo y las esperanzas de un condenado, no tenian ya para él ni un consuelo, ni una esperanza de reparacion.—Solo habia allí una posdata que traducian así sus remordimientos: "¡Ya es tarde!"

Quisiera volver la vista en medio de aquella tribulacion que sobrecoge su espíritu, de aquella soledad consigo mismo que le anonada, para pedir, no ya una absolucion que es imposible, sino el consuelo indulgente de una voz amiga.

¿Pero dónde hallarla? ¿Buscará ese consuelo en algun amigo, en algun compatriota?

El español rico, no tiene amigos: tiene socios, corresponsales ó dependientes, á quienes da por fórmula el título de amigos, pero no lo son.—La atmósfera positivista que le rodea, y la disciplina mercantil que rige entre los que respiran esa atmósfera, exigen la indiferencia de todo lo que no sea negocio.

Respecto del compatriota, si es rico tambien, porque debe serlo para merecer aunque sea por fórmula el título de amigo, si bien será el único sér capaz de comprenderle, lo probable es que sienta y oculte





el mismo mal que se le confia; y que necesite tambien para sí el consuelo que se le pide.—No hay, pues, más remedio que encerrar en el fondo de aquel pecho, depósito ya de mortales congojas, esa congoja más.

Por fortuna, en ciertas organizaciones enérgicas hay siempre el recurso de sacar fuerzas de flaqueza, y la del español tiene casi siempre este privilegio.—La contrariedad le empeña y estimula, como empeña y estimula á otros la ocasion propicia.

---

## IV.

Respecto á la importancia social que creen algunos se da al español en estos países por un resto ó reminiscencia del servilismo que durante su dominacion les impusieron, hariamos una ofensa al buen sentido de los americanos, dándola á una opinion que, además de estar reducida á cierto círculo que no descuella por su saber é imparcialidad, se ve desmentida aun por el más trivial de los argumentos que se le opongan. No obstante, como no escribimos solamente para gentes leales y completamente ilustradas, ni

hay nada escrito hasta hoy que fije de un modo definitivo el criterio de las masas extraviado adrede durante tanto tiempo, sobre la cuestion que nos ocupa, bueno será dejar indicados los más visibles é irrefutables motivos que dan al español esa importancia á que estamos seguros no aspira deliberadamente para sí, y que si la acepta sin protestar, es en nombre del decoro de su patria y del bienestar de su familia; la una, porque le ha encomendado aquí sus honrosas tradiciones, y la otra, porque le exige la supremacía social á que por espíritu de raza cree tener derecho.

La importancia del español, viene, en primer lugar, de la misma preocupacion que le persigue. Dad en la manía de que teneis el gérmen de una peligrosa enfermedad, y cualquiera dolencia insignificante tomará en vuestra imaginacion y en la del que escucha vuestros temores, una importancia extraordinaria.

Tanto se ha exagerado lo pernicioso de la influencia del español como entidad política, y ha venido á fijarse la atencion tanto en él por esa causa, que se le ha hecho una entidad social como individuo; además, siempre nos merece una estimacion involuntaria, y un respeto instintivo un enemigo leal que vencido no se humilla ni vencedor se ensoberbece.—Esto, en la consideracion de los que puedan creer se-





riamente por una alucinacion lamentable, que es preciso ser enemigo del español para ser buen patriota y buen americano; que para los que no lo creen, ó lo dudan, hay otros títulos en la importancia concedida al español que satisfacen y llenan un positivo interés moral, político y social, en bien de estas sociedades.

En el carácter activo é industrioso, no ménos que independiente y popular del español, tienen los hijos de América el mejor estímulo, siquiera sea obra de la emulacion que se despierta entre gentes que no quieren conceder superioridad á sus rivales, para librarse de la molicie á que incitan el clima y las costumbres de un modo tan marcado; tienen un censor mudo de sus acciones, como correctivo de una educacion poco morigerada y ménos práctica para vivir en estos países ricos y fértiles sin duda, pero cuyas riquezas no pueden obtenerse de otro modo que extrayéndolas del seno de la tierra, merced á un trabajo ímprobo y á una constancia ejemplar. El tráfico, las artes y la industria, no han llegado todavía á ser en la América española elementos infalibles para asegurar el porvenir de los que se dedican á carreras profesionales: es preciso trabajar casi materialmente y aventurar la salud, arriesgar la vida tal vez, en climas insalubres, bajo soles ardorosos; luchar con

el bandido ó con el salvaje, vencer la supersticion y la molicie de los que han de ser brazos auxiliares de una empresa; sacar de la imaginacion, que goce en vencer obstáculos, recursos para suplir esa falta de todo, con que se tropieza ante la indiferencia y apatía del trabajador americano, único capaz de resistir el trabajo material en estas ardientes zonas; pero que duerme tranquilamente en el duro suelo bajo el cual sabe que hay una mina de oro, y que come con delicia algunas frutas silvestres y hasta inmundos insectos y sabandijas, sobre una tierra capaz de producir con poco trabajo los frutos más exquisitos para el regalo y nutricion del hombre; que viste, en fin, un traje miserable, bastante apénas para cubrir su desnudez, sin echar de ménos el abrigo y compostura que, por otra parte, no necesita en el clima abrasador en que vive, ni para el trabajo fatigoso en que se emplea.—Se necesita esa fé en sí mismo que tiene solo el español para no desmayar ante estas dificultades y otras que son comunes en países que por sus circunstancias especiales no pueden garantizar de un modo eficaz la vida, y mucho ménos los intereses de los que viven léjos de los grandes centros de poblacion, y que tampoco pueden establecer mercados fijos que den regularidad al fruto del trabajo por medio de un consumo infalible, y á la especulacion





mediante garantías y franquicias que recompensen lo frecuente de los riesgos y penoso de las distancias.

***

Sin extendernos á más que á estas consideraciones sobre la importancia puramente utilitaria que tiene el español en los destinos de América, creemos dejar destruidas cuantas inculpaciones ha aducido la malicia para desvirtuar esa importancia y apartar del sentimiento de estos pueblos el legítimo ascendiente que el español debe ejercer sobre ellos. Conocidos son los motivos que impulsan á los traficantes en política de todo el mundo á desprestigiar los elementos conservadores que hacen á las sociedades amar su manera de sér: además, eso es la manía de la época, y no nos sorprenderia ver hacer aquí lo que se hace en todas partes, si aquí no se cometiese un monstruoso desacato proclamando el desprestigio y disolucion de vínculos cuyos lazos intermediarios son los hijos y los padres. ¡Increible parece que hayan podido por tanto tiempo hallar eco en corazones humanos inculpaciones que afrentan á la familia, calumnias que matan la sociedad, y sugestiones que insultan á la naturaleza; y más increible parece to-

davía que, aun destruido el pretexto ostensible que sirvió para atenuar, bien ó mal, tales aberraciones, haya americanos, hijos ó nietos de españoles, que se dicen ilustrados, y sin embargo, proclaman en la tribuna y en la prensa las excelencias de tal proceder!

Al español se le vitupera porque no se le comprende, y deja de comprendérsele porque un exceso de amor propio le impide mostrarse ante esas sociedades tal cual es.

Su exterior revela una calma y un bienestar que está léjos de tener; una entereza, un aplomo y suficiencia que en realidad no posée; un aire brusco, y en cierto modo altanero, que no se aviene con su bondad natural; y en fin, hasta suele hacer bastante bien el papel de hombre feliz, cuando andan siempre la felicidad y él por terrenos antípodas.

Pues bien: esa calma y bienestar en medio de la tormenta que ruge sobre su cabeza, se toma por desprecio á los elementos que producen esa tormenta; por eso á veces se le ha mandado el rayo. Esa entereza, ese aplomo y esa suficiencia, se miran como un reto temerario á todo poder que se le atreva, como una protesta constante contra los que quisieren imponerle la ley del vencido; en ese aire brusco y altanero, se creen ver humos de señorío sobre un país





en donde mal ó bien es extranjero, y por último, en esa felicidad que representa, parece revelarse una indiferencia egoista hácia las públicas miserias y un desdén insultante, no ménos que un reproche mudo hácia los que no saben ó no pueden como él ser felices en medio de la desgracia general.

El roce íntimo que es indispensable para favorecer los intereses sociales en que tan interesado está el español como el americano, disipará la duda y restablecerá la verdad como base de sus relaciones futuras. Para que los hombres se amen es preciso que se estimen en lo que valen, y para que se estimen es preciso que se conozcan.

El hijo de la América española que es generoso por índole, no puede persistir en sostener una aversion mezquina, cuando con ella, además de contrariar las leyes de la naturaleza, sacrifica los intereses de la patria.

Las causas que podian justificar esa aversion están destruidas, y aunque no lo estuvieran, serian nimiedades comparadas con el bien que reportaria destruirlas.

Toda comparacion es odiosa y engendra la rivalidad; pues bien, cesen de compararse el español y el americano y dejarán de ser rivales. Estimúlense noblemente á hacer cada uno en su esfera el mayor

bien posible á la sociedad en que viven, y hagan de la emulacion una virtud en este sentido, única lucha que cumple sostener hoy á séres que forman una familia civilizada.

---

## V.

Vamos á concluir, resumiendo nuestra idea.

Ya hemos dicho en malos versos, que

> ¿A qué padre desagrada
> La grandeza de sus hijos?

Y esto lo dijimos como el último y más concluyente de los argumentos que nos ocurrieron para probar el natural interes que el español tiene en el engrandecimiento de la patria de sus hijos, no ménos que para destruir la ignoble imputacion que se le ha hecho de querer prolongar su dominio en ella á todo trance, estorbando la marcha del progreso y la reforma, única valla que en el sentir de algunos debe oponerse á su perniciosa influencia.

Hemos procurado determinar, lo mejor que hemos podido, las causas que sin él pretenderlo le dan esa influencia, y los títulos que tiene para merecerla, así como los beneficios que esa influencia reportaria





si de buena voluntad se le permitiese ejercerla, al progreso moral y positivo de estas sociedades; puesto que el solo ascendiente que el español reclama sobre ellas no lleva otro objeto que el de fortalecer la base en que se apoyan, única en nuestro juicio que puede sustentar el edificio de su futura y sólida grandeza. Bien entendido, que esa influencia, ese ascendiente, como lo hemos probado tambien, más que vanagloria y beneficio, reportan el español en América una verdadera é ineludible carga impuesta por la más imperiosa ley de la naturaleza, y la más apremiante exigencia de la sociedad.

Si á él se le considera irreprochable como sér moral, y si como sér social tiene excelencias que aquí nadie le niega, ¿qué peligro ni qué inconsecuencia hay en que desée ver reproducidas esas prendas en séres que él ha creado y que ama más que á sí mismo? Monstruoso fuera creer que pretende influir en los destinos de sus hijos para pervertirlos. . . . y solo así seria perniciosa la influencia del español; pero así y todo, tendria el derecho de ejercerla.

La educacion de los hijos es en todo el mundo un deber sagrado para los padres, y el fuero extraordinario que las leyes divinas y humanas conceden á éstos para ejercer su mision, con el nombre significativo de patria potestad, es una prueba inequívoca